

ya muchos guardas de la torre y cinco miembros de la municipalidad, entre los cómplices de sus peligrosos designios. Por esta parte penetraba un rayo de luz en las sombras de la prision, y conservaba en el alma de los cautivos, sino la esperanza, á lo menos el sueño de la libertad.

## LIBRO TREINTA Y TRES.

Los jacobinos obligan á los girondinos á pronunciarse en el proceso del rey.—Saint-Just.—Su retrato.—Pide la muerte del rey.—La Montaña.—Su idea.—Tomás Payne.—Carestía en Paris.—El clero asalariado.—El armario de hierro.—Denuncias.—El populacho al rededor del Temple.—Madama Roland en la barra.—Robespierre pide que el rey sea juzgado sin apelacion.—Vergniaud lucha por la vida del rey.

### I.

Se apresuraban mientras tanto los jacobinos para arrancar á los girondinos, á la faz del pueblo, su secreto sobre la vida ó la muerte del rey. Impacientes por armarse contra ellos de la sospecha del realismo, necesitaban la discusion inmediata sobre este gran testo, para colocar á sus enemigos entre los débiles ó entre los traidores. Conocian la repugnancia que Vergniaud tenia á aquella inmolacion á sangre fria, á la venganza mas que á la salvacion de la república. Sospechaban las intenciones de Brissot, de Sieyes, de Petion, de Condorcet, de Guadet y de Gensonné; ansiaban ver con claridad aquellas repugnancias y aquellos escrúpulos, para que

serviesen de signo de reprobacion contra los amigos de Roland. El proceso del rey iba á separar los débiles de los fuertes; el pueblo pedía aquel juicio como una satisfaccion; los partidos como un postrer combate; los ambiciosos como lo prenda del gobierno de la república puesta en sus manos.

## II.

Petion pidió el primero en la Convencion que se sentase la cuestion de la inviolabilidad del rey, y que se deliberase antes de todo sobre aquel preliminar indispensable en todo juicio. ¿Puede el rey ser juzgado? Morisson pretendió que la inviolabilidad, declarada por la Constitucion de 1791, ponía á cubierto la persona del soberano contra todo juicio que no fuese el de la victoria, y que toda violencia contra su vida sería un crimen. «Si el 10 de agosto, dijo, hubiese yo encontrado á Luis XVI con el puñal en la mano, cubierto con la sangre de mis hermanos; si hubiese visto claramente aquel dia que habia sido él quien dió la orden de degollar á los ciudadanos, hubiera ido á herirle yo mismo; pero desde aquel dia han pasado muchos meses; está en nuestras manos, está sin armas, sin defensa y nosotros somos franceses. Esta situacion es la ley de las leyes.»

## III.

Saint-Just, que desde entonces era como el pensamiento de Robespierre, á quien este hacia marchar algunos pasos delante de él, se levantó á escuchar estas palabras. Este jóven, mudo como un oráculo y senten-

cioso como un axioma, parecia haberse despojado de toda sensibilidad humana para personificar en él la fria inteligencia y el implacable impulso de la revolucion. No tenia ni miramientos ni oídos, ni corazón para nada de lo que le parecia ser un obstáculo para el establecimiento de la república universal. Reyes, tronos, sangre, mugeres, niños, pueblo y cuanto se encontrase entre aquel objeto y él, desaparecía ó debía desaparecer. Su pasion, por decirlo así, habia petrificado sus entrañas, y su lógica habia contraído la impassibilidad de un géometra y la brutalidad de la fuerza material. El era quien en las largas ó íntimas conversaciones que tenia por la noche en casa de Duplay, habia combatido mas lo que llamaba debilidades del alma de Robespierre y su repugnancia á derramar la sangre del rey. Inmóvil en la tribuna, frio como una idea, con sus largos cabellos rubios flotando por ambos lados del cuello y hasta sobre sus hombros, la calma de la conviccion absoluta difundida en sus facciones casi femeninas, comparado al *San Juan del Mestas del pueblo* por sus admiradores, la Convencion le contemplaba con aquella inquieta fascinacion que ejercen ciertos seres colocados en los límites indecisos de la demencia y del genio. Unido solo á los pasos de Robespierre, se comunicaba muy poco con los demas. Abandonaba su asiento en la Convencion para aparecer como un precursor de las opiniones de su maestro. Apenas terminado su discurso, se volvía silencioso é impalpable, no como un hombre, sino como una voz.

## IV.

«Os dicen, murmuró firramente Saint-Just, que el rey debe ser juzgado como ciudadano, y yo trato de probaros que debe ser juzgado como enemigo: no tene-

mos que juzgarle, tenemos que combatirle. La tardanza mas funesta de todas las que nuestros enemigos nos aconsejan, seria la que nos hiciese contemporizar con el rey. Un dia, pueblos tan distantes de nuestras preocupaciones, como nosotros lo estamos de las preocupaciones de los vándalos, se admirarán de que un pueblo haya deliberado para saber si tenia ó no el derecho de juzgar á sus tiranos; se admirarán de que en el siglo XVIII hayamos estado mas atrasados que en tiempo de César. El tirano fué inmolado en pleno senado, sin otra formalidad que veinte y dos puñaladas, sin otra ley que la libertad de Roma; y hoy se hace con respeto el proceso de un hombre, asesino del pueblo, cogido in fraganti delicto. Los que dan alguna importancia al justo castigo de un rey, nunca harán una república, siendo entre nosotros la debilidad de caracteres un gran obstáculo para la libertad. Unos parecen temer sufrir algun dia la pena de su valor, y los otros no han renunciado del todo á la monarquía; estos temen un ejemplo de virtud, que seria un lazo de responsabilidad comun y de unidad de la república. ¡Ciudadanos! si el pueblo romano, despues de seiscientos años de virtudes y de odio á los reyes, si la Inglaterra, despues de muerto Cromwell vieron renacer los reyes á pesar de su energia, ¿qué no deben temer entre nosotros los buenos ciudadanos viendo temblar el hacha en nuestras manos, y un pueblo, desde el primer dia de su libertad, respetar el recuerdo de sus cadenas? ¡Se habla de inviolabilidad! existia, quizá, esta inviolabilidad mútua de ciudadano á ciudadano; pero de pueblo á rey no hay relacion natural: el rey estaba fuera del contrato social que unia entre si á los ciudadanos; no puede estar garantido por este contrato al que él solo hacia una tiránica escepcion.

¡Y se invocan las leyes en favor del que las ha destruido todas! ¡Qué proceso, qué informacion quereis hacer de sus crímenes, que por todas partes están escritos

con la sangre del pueblo? ¿no pasó antes del combate revista de las tropas? ¿no huyó en vez de impedir se dispusese sobre la nacion? ¿Pero para qué buscar crímenes? Tal alma generosa hay que dirá en otro tiempo que se debe formar causa al rey, no por los crímenes de su gobierno, sino por el solo crimen de haber sido rey, porque la magestad es un crimen toda vez que el usurpador está sujeto á ser juzgado por todos los ciudadanos. Todos los hombres han recibido de la naturaleza la secreta mision de esterminar el dominio; no se puede reinar inocentemente; todo rey es un rebelde; ¿y qué justicia podria hacerle el tribunal á quien encargáseis su juicio? ¿tendria facultad de restituírle la patria y de citar ante él, para hacerle reparacion, la voluntad general? ¡Ciudadanos! el tribunal que debe juzgar á Luis XVI es un consejo político; es el derecho de las naciones quien juzga á los reyes. No olvidéis que segun el espíritu con que juzgareis á vuestro señor, será el espíritu con que establecereis vuestra república: la teoria de vuestro juicio será la de vuestras magistraturas, y la medida de vuestra filosofia en este juicio será tambien la de vuestra libertad en vuestra constitucion. ¿Para qué hacer un llamamiento al pueblo? El derecho de los hombres contra los reyes es personal: el pueblo entero no podria obligar á un solo ciudadano á que perdonase á su tirano. Pero apresuraos, porque no hay ciudadano que no tenga sobre él el derecho que tenia Bruto sobre César; el derecho de Ankarstroem sobre Gustavo! Luis es otro Catilina. El asesino juraria, como el cónsul de Roma, que ha salvado la patria inmolándole. Habeis visto sus pérfidos designios, habeis contado su ejército; el traidor no era el rey de los franceses, sino el rey de algunos conjurados: hacia levantamiento de tropas, tenia ministros particulares, habia proscrito secretamente todos los hombres probos y de valor; es el asesino de Nancy, de Courtrai, del Campo de Marte, de las Tullerías. ¡Qué enemigo extranjero nos

hizo tanto mal! ¡Y se trata de remover la piedad! ¡Bien pronto se comprará con lágrimas, como en los entierros de Roma! ¡tened cuidado con vuestros corazones! ¡pueblo! si el rey llega á ser absuelto, recuerda que ya no somos dignos de tu confianza, y no debes ver en nosotros sino traidores!»

## V.

Se apropió estas palabras la Montaña por el entusiasmo con que las aplaudió. Hubiera podido decirse que una mano atrevida acababa de rasgar la nube de las leyes escritas, y de hacer aparecer la jurisdicción de la cuchilla sobre la frente de todos los reyes. Fauchet, arrojando el delirio de la Asamblea, pronunció, pero sin poder hacerse oír, enérgicas palabras sobre la inutilidad de la muerte y sobre la virtud política de la magnanimidad. «No, dijo; conservemos este hombre criminal que fué rey; que quede, como un vivo espectáculo de lo absurdo y del envilecimiento del trono, y diremos á las naciones: Veis esta especie de hombre antropófago, que jugaba con nosotros y con vosotras? Era un rey: ninguna ley interior había previsto su crimen: ha traspasado los límites de los atentados previstos en nuestro código penal: la nación se venga imponiéndole un suplicio más terrible que la muerte: le expone para siempre al universo, colocándole sobre un cadáso de ignominia.»

En una de las sesiones siguientes, Gregoire atacó la teoría de la inviolabilidad de los reyes. «Esta ficción no sobrevive á la ficción constitucional que la crea,» y pidió, no la muerte, sino el juicio con todas sus consecuencias, aunque fuese la muerte y prejuizó el decreto con estas terribles palabras. «¿Hay un pariente, un amigo de nuestros hermanos inmolados en nuestras fronteras, que

no tenga el derecho de traer su cadáver á los pies de Luis XVI, y decirle, «¿He aquí tu obra?» ¿y este hombre no estará sujeto al juicio del pueblo?»

«Repruebo la pena de muerte, continuó Gregoire, y espero que este resto de barbarie desaparecerá de nuestras leyes; á la sociedad la basta que el culpable no pueda hacer daño; le condenareis sin duda á la existencia, á fin de que el remordimiento y horror de sus maldades le persiga en el silencio de su cautiverio: pero ¿pueden los reyes arrepentirse? la historia que grabará sus crímenes podrá pintarle con un solo rasgo. El 10 de agosto en las Tullerías eran degollados miles de hombres; el estruendo del cañon anunciaba una espantosa carnicería, y aquí, en esta sala, el rey comía!... Al fin sus traiciones acarrearán nuestra libertad; el impulso está dado al mundo; el cansancio de los pueblos llegó á su colmo, y todos se lanzan hácia la libertad; el volcan va á hacer su explosión, de la que resultará la resurrección política del globo. ¿Qué sucedería si en el momento en que los pueblos van á romper sus cadenas proclamáseis la impunidad de Luis XVI? La Europa dudaría de vuestra intrepidez, y los déspotas volverían á tener esperanza en aquella máxima de nuestra esclavitud, que tienen su corona de Dios y de su espada.»

En las sesiones siguientes se leveron numerosas exposiciones de los departamentos, pidiendo todos la cabeza del asesino del pueblo; parecía que la primera necesidad de la nación, no era tanto defenderse como vengarse.

## VI.

Entre los miembros de la Convencion nacional, tomaba asiento un extranjero. Era este, el filósofo Tomás Payne, nacido en Inglaterra, apóstol de la independencia

americana, amigo de Franklin, autor del *Buen sentido*, de *Los Derechos del hombre* y de *La Edad de la razón*, tres páginas del nuevo Evangelio, en las que había llevado las instituciones políticas y las creencias religiosas á la justicia y á la luz primitivas, teniendo su nombre una gran autoridad entre los novadores de los dos mundos: su reputacion le habia servido para naturalizarse en Francia; la nacion que entonces pensaba y combatia, no por ella sola, sino por el universo entero, reconocia por compatriotas á todos los celosos por la razon y la libertad: el patriotismo de la Francia, como el de las religiones, no consistia ni en la uniformidad de lenguaje, ni en la comunidad de las fronteras, sino en la comunidad de las ideas. Payne, unido con madama Roland, con Condoreet y Brissot, habia sido electo por la ciudad de Calais; los girondinos le consultaban y le habian introducido en el comité de legislacion. El mismo Robespierre afectaba por el radicalismo cosmopolita de Payne el respeto de un neófito por las ideas que vienen de lejos.

El rey habia tenido muchos miramientos á Payne, cuando fué enviado á Paris para implorar los socorros de la Francia en favor de la América. Luis XVI hizo donativo de seis millones á la jóven republica. Payne no tuvo ni la memoria ni el decoro que convenia á su situacion. No pudiendo producirse en francés en la tribuna, escribió é hizo leer á la Convencion una carta innoble en los términos, y cruel en la intencion: larga injuria arrojada hasta el fondo del calabozo al hombre de quien en otro tiempo habia solicitado generosa asistencia y á quien debia la salvacion de su patria adoptiva. «Considerado como individuo, ese hombre no es digno de la atencion de la república; pero como cómplice de la conspiracion contra los pueblos, debeis juzgarle, decia Payne; en cuanto á la inviolabilidad, no hay necesidad de hacer mención de este motivo, No veais en Luis XVI, mas que un hombre de escaso talento; mal educado, como todos sus igua-

les, sujeto, dicen, á frecuentes escesos de embriaguez, y al que la Asamblea constituyente restableció imprudentemente sobre un trono para el que no era á propósito.»

La ingratitud se manifestaba en ultrages, y la filosofía se degradaba haciéndose inferior al despotismo en el lenguaje de Payne. Madama Roland y sus amigos, aplaudieron la groseria republicana de aquel acto y de aquellas espresiones. La Convencion mandó por unanimidad que se imprimiese la carta.

## VII.

El duque de Orleans, á quien Hebert habia bautizado la vispera en la municipalidad con el nombre de Felipe-Igualdad y que habia aceptado este nombre para despojarle hasta de las sílabas que recordaban la raza de Borbon; subió á la tribuna despues de leida la carta de Tomás Payne. «Ciudadanos, dijo, mi hija de edad de quince años, ha ido á Inglaterra en el mes de octubre de 1791, con la ciudadana de Genlis Sillery, su aya, y dos jóvenes educadas con ella desde su niñez, de las que una es la ciudadana Enriqueta Sercey, huérfana, y la otra Palméla Seymour, naturalizada francesa desde hace muchos años. La ciudadana Sillery ha educado á todos mis hijos, y su comportamiento prueba que les ha formado desde muy temprano para las ideas republicanas. Uno de los motivos del viage de mi hija, ha sido para traerla á la influencia de los principios de una muger, su madre, muy apreciable sin duda; pero cuyas opiniones sobre los asuntos del dia no han sido siempre conformes á las mias. Cuando razones tan poderosas detenian á mi hija en Inglaterra, mis hijos estaban en el ejército. Yo no he dejado de estar con ellos en medio de vosotros, y puedo decir que yo y mis hijos no somos los ciudadanos

que hubieran corrido menos peligro, si no hubiese triunfado la causa de la libertad. Es imposible, es absurdo, mirar el viage de mi hija como una emigracion; pero para atormentar á un padre, basta la mas pequeña duda; os suplico, pues, ciudadanos, que calmeis mis inquietudes. Si, lo que no puedo creer por parecerme imposible, imponeis el rigor de la ley á mi hija, por cruel que sea este decreto para mí, los sentimientos de la naturaleza no ahogarán los deberes de ciudadano, y alejándola de la patria por obedecer á la ley, probaré de nuevo lo que aprecio el título de ciudadano, que prefiero á todo.»

Acordó desdeñosamente la Asamblea, que pasase la súplica del duque de Orleans al comite de legislación. La Convencion, que no tenia necesidad de cómplices, principiaba á inquietarse por contar un Borbon en su seno. Demasiado cercano al trono para poderse servir de él sin riesgo, demasiado fiel á la revolucion para atreverse á acusarle, le cubria con una tolerancia que se parecia al olvido: queria eclipsarle, él queria eclipsarse á si mismo; pero su nombre era demasiado brillante y le denunciaba á la atencion de la república; era su único crimen de que su postracion ante el pueblo no podia absolverle: aquel nombre, aunque repudiado, le anonadaba. La Francia y la Europa, atentas se preguntaban como su patriotismo sufriria la terrible prueba del proceso de su parente y de su rey; la naturaleza le rechazaba, la opinion le pedia una cabeza, y se temblaba decir quien triunfaria, si la naturaleza ó la opinion.

## VIII.

París y los departamentos amenazados entonces por el hambre, se agitaban por efecto del terror pánico, aun mas que por la realidad de la carestía. El descrédito en

que habian caido los asignados, moneda de papel, ideal como la confianza, hacia encerrar el trigo, lo que produjo la violacion de los mercados y los domicilios. Todos los pueblos pequeños al rededor de París; granero de la Francia, estaban en una continua sedicion. Los comisarios de la Convencion que se enviaban sobre el terreno eran injuriados, amenazados y espulsados á la fuerza, y el pueblo les pedia pan y curas. Volvian á la Convencion á manifestar sus alarmas, sus injurias y su impotencia, «Se nos conduce á la anarquía, decia Petion; nos despedazamos con nuestras propias manos, hay causas ocultas para estos tumultos y estallan cabalmente en los departamentos mas abundantes en trigo. Conspiradores que envileceis la Convencion, decidnos ¿que quereis de nosotros? Hemos abolido todas las tiranías, hemos abolido el trono: ¿qué mas quereis?»

Estraviando las conciencias, las ideas religiosas agitaban al mismo tiempo los departamentos; las sediciones tomaban la cruz por estandarte, lo que conmovió á Danton. «Todo el mal no está en las alarmas por las subsistencias, dijo á la Convencion; se ha sembrado en la Asamblea una idea imprudente, hablándose de no dar pensiones á los clérigos: se han apoyado en las ideas filosóficas que yo respeto, porque yo no conozco otro Dios que el del universo, ni otro culto que el de la justicia y el de la libertad; pero el hombre maltratado por la fortuna busca goces ideales. Cuando ve un hombre rico entregarse á todos sus placeres, acariciar todos sus deseos, entonces cree, y esta idea le consuela, que en otra vida los goces se multiplicarán en proporcion de sus privaciones en este mundo; cuando hayais tenido durante algun tiempo empleados de moral que hayan hecho penetrar la luz en las cabañas, entonces será el tiempo de hablar al pueblo de moral y de filosofía; pero hasta entonces es bárbaro, es un crimen de lesa nacion querer quitar al pueblo los hombres en quienes espera aun hallar algunos

consuelos. Yo creo, pues, que sería útil que la Convención diese una proclama para persuadir al pueblo, que no quiere destruir nada sino perfeccionarlo todo, y que si persigue el fanatismo, es porque quiere la libertad de las opiniones religiosas; pero aun hay un objeto que exige la pronta decision de la Asamblea, añadió Danton, mas obligado que deseoso de hacer esta manifestacion contra Luis XVI; el juicio del ex-rey se espera con impaciencia. El republicano, por una parte, se indigna de ver que este proceso parece interminable; por otra, el realista se agita en todos sentidos, y como aun tiene su fortuna y su orgullo, vereis quizá, con gran escándalo de la libertad, dos partidos chocar entre sí. Todo os manda que apresureis el juicio del rey.»

## IX.

No queriendo dejar á Danton la primacia de su mocion, Robespierre se unió á él para pedir que, «el último tirano de los franceses, el punto de union de todos los conspiradores, la causa de todas las turbulencias de la república fuese condenado inmediatamente á la pena que merecian sus maldades.» Marat, Legendre; Jean-Bon, Saint-André, dieron el mismo grito de impaciencia y lanzaron contra el rey solo la oleada de cólera, de inquietud y de agitacion que amenazaba á la república. El proceso fué la orden del dia permanente de la Convencion.

Tambien era la de los Jacobinos. Aquí Chabot dirigia inyectivas contra Brissot, le echaba en cara haberse alegrado secretamente de los asesinatos de setiembre, con la esperanza de que su cómplice de otros tiempos y su enemigo entonces, el libelista Morande, depositario de sus secretos, pereceria bajo el hacha del pueblo. «Y tú

te alabas con tus amigos, le decia Chabot, de ser el héroe del 10 de agosto! tú, que te has ocultado en el comité, hasta el momento en que se trató de apoderarse del ministerio bajo la responsabilidad de Roland y de Claviere! ¡El héroe del 10 de agosto tú, que pocos días antes leías un discurso aplandido por los realistas, en que te declarabas defensor del rey! ¡Los héroes del 10 de agosto tú y tus amigos! ¿Es tu amigo Vergniaud, que concluía su discurso sobre la destitucion por un message al rey, destinado á adormecer la nacion hasta la llegada de Brunswick? ¿Es Gerónimo Petion, que habia impedido la insurreccion del 20 de julio, y que me reprendia el 9 de agosto porque queria tocar á somaten? ¿Es tu amigo Lassource, que pedía el 8 de agosto se despachasen los federados que vencieron el 10? ¿Es aun Vergniaud que presidiendo la Asamblea en la mañana de aquel dia, juraba morir por sostener los derechos constitucionales del rey? ¿Es tu partido, en fin, que mientras el cañon del pueblo derribaba el palacio, hacia decretar que se nombraría un ayo al principe real? ¡Dejo á la opinion pública que juzgue entre el ex-capuchino Chabot y el antiguo espía de la policia Brissot!» La conclusion de todas estas filípicas de los jacobinos contra Roland, Brissot, Petion y Vergniaud, era el desafio que hacian á los girondinos de volverse atrás en el proceso de Luis XVI, y de negar aquella cabeza al pueblo á menos de confesarse traidores á la patria.

Robespierre en la misma sesion de los Jacobinos rechazó, como Danton lo habia hecho en la Convencion, el pensamiento de suprimir el sueldo que daba el Estado á los clérigos. Robespierre y otros retrocedian con timidez, por interés de un partido, ante la aplicacion racional del dogma de la independenciam de las creencias religiosas y de la emancipacion absoluta de la razon de los pueblos en materia de culto por la libertad. Decian que la religion del pueblo era una mentira, y pedian que la repú-

blica pagase sacerdotes encargados de predicar y de administrar lo que ellos llamaban una mentira. Así los hombres mas firmes en la fé revolucionaria, que no retrocedían ni delante de la sangre de sus conciudadanos, ni los ejércitos de la Europa, ni de su propio cadalso, retrocedían ante el poder de un hábito nacional y dilataban la verdad en las relaciones del hombre con Dios, mas bien que suspendían su poder. ¡Cuán cercana está la debilidad de la fuerza! «Mi Dios», decía Robespierre en una carta á sus comitentes, es aquel que creó todos los hombres para ser iguales y felices; aquel que protege los oprimidos y estermina á los tiranos: mi culto es el de la humanidad; yo no quiero mas que otro alguno el poder de los clérigos; es una cadena mas para la humanidad; pero es una cadena invisible unida á los espíritus; el legislador puede ayudar la razon á libertarse de ella, pero no romperla; bajo este concepto nuestra situacion me parece favorable; el imperio de la supersticion está casi destruido: ya es menos el sacerdote, el objeto de la veneracion, que la idea de la religion que aquel personifica á los ojos de la multitud. Ya la antorcha de la filosofia, penetrando hasta las clases mas tenebrosas, ha disipado todos los ridículos fantasmas que la ambicion de los clérigos y la política de los reyes nos mandan adorar en nombre del cielo. Ya apenas quedan en los ánimos mas que aquellos dogmas eternos, que prestan un apoyo á las ideas morales, y la doctrina sublime y tierna de la caridad y de la igualdad, que el hijo de Maria enseñó en otro tiempo á sus conciudadanos. Bien pronto sin duda, el evangelio de la razon y de la libertad será el evangelio del mundo: el dogma de la divinidad está grabado en las almas y el pueblo liga este dogma al culto que ha profesado hasta ahora: atacar este culto, es atentar á la moralidad del pueblo; recordad que nuestra revolucion está basada en la justicia, y que todo lo que tiende á debilitar este sentimiento moral en el pueblo, es anti-revoluciona-

rio. Recordad con qué prudencia los mas grandes legisladores de la antigüedad, supieron manejar estos resortes ocultos del corazon humano; con que arte sublime, teniendo consideracion á la debilidad ó á las preocupaciones de sus conciudadanos, consintieron en hacer sancionar por el cielo la obra de su genio. Cualquiera que sea nuestro entusiasmo, no hemos llegado aun á los límites de la razon y de la virtud humana: pero ¡que impolitico sería arrojar nuevos gérmenes de discordia en los ánimos, haciendo creer al pueblo que atacando sus sacerdotes se atacaba al mismo culto! No digais que no se trata de abolir el culto, sino solo de no pagarlo; porque aquellos que creen en el culto creen tambien que no pagarlo ó dejarle perecer es lo mismo. Por otra parte, ¿no veis que entregando los ciudadanos á la individualidad de los cultos, levantaís la señal de la discordia en cada ciudad y en cada aldea? Los unos querrán un culto; otros querrán pasar sin él, y todos vendrán á ser los unos para los otros objetos de desprecio y odio.»

## X.

De este modo Danton y el mismo Robespierre, por una estraña y cobarde concesion de sus principios, querían establecer en nombre de la república, aquella uniformidad oficial de las conciencias, que ellos echaban en cara á la política de los reyes. ¡Quitaban un rey al pueblo y no se atrevían á declarar que dejarían de pagar al clero!

Esta inconsecuencia de Robespierre, ocultando su debilidad bajo un sofisma, le presentaba á los sarcasmos de sus enemigos. Carra, Gorsas y Brissot, redactores de los principales periódicos de la Gironda, se apiadaron de «su superstición» y pusieron su complacencia en ridiculo.



«Todos preguntan, decían, ¿por qué van tantas mugeres detrás de Robespierre, á su casa, á la tribuna de los Jacobinos, á los Franciscanos y á la Convencion?—Es porque la revolucion francesa es una religion, y Robespierre quiere formar una secta: hay una especie de sacerdotes, que tienen sus devotos, sus Marias, sus Magdalenas como Cristo. Todo su poder está en la rueca; Robespierre predica, Robespierre censura; es furioso, grave, melancólico, exaltado ó frio, seguido en sus pensamientos y en su conducta; se enfurece contra los ricos y los grandes, el texto de sus sermones es el de Cristo: «Es necesario despojar todos los picaros acomodados de Jerusalem para vestir los desnudos.» El vive con poco, no conoce las necesidades físicas, no tiene mas que una sola mision, que es la de hablar siempre: crea discipulos y tiene guardias para su persona: arenga en los Jacobinos cuando quiere hacerse sectarios allí; y calla cuando su voz pudiera perjudicar á su popularidad: rehusa los empleos en que podría servir al pueblo, é intriga para obtener aquellos en que puede persuadirle: aparece cuando quiere hacer sensacion, y desaparece cuando la escena está llena por otros. Tiene todos los caracteres de un gefe de religion, y se ha creado una reputacion de santidad; habla de Dios y de la Providencia, se llama el alma de los pobres y de los oprimidos; hace que le sigan las mugeres y los débiles de espíritu. ¡Robespierre es un sacerdote y jamás será otra cosa!»

Marat por su parte, ausente de la Convencion, y metido de nuevo en su subterráneo de los Franciscanos, desde el insulto de Westermann y las amenazas de los federados, denunció desde allí al pueblo la faccion de la Gironda, como una conjuracion permanente contra la patria. «No soy yo solo, escribia, á quien ellos obligan á buscar su seguridad en una oscura cueva para ponerse al abrigo del hierro de sus asesinos; esta atroz faccion se encarniza contra Robespierre, Danton, Panis y todos

los diputados que no pueden atraer á composicion por el miedo. Hacen sus listas de proscritos bajo los auspicios de su patrono Roland. Y ¿quienes son estos enemigos públicos de todo hombre de bien? Aquellos que en la Asamblea constituyente han sacrificado á la corte los derechos y los intereses del pueblo; los Camus, los Gregoire, los Roland, los Sieyes y los Buzot: son aquellos que en la Asamblea legislativa, han conspirado con el poder ejecutivo y hecho declarar una guerra desastrosa de concierto con Narbonne, La Fayette y Dumouriez: son los que piden la desmembracion de la Francia y la traslacion de la Asamblea nacional á Rouen: hablo de los Lacroix, de los Fauchet, Gensonné, Vergniaud, Brissot, Kersaint, Barbaroux y Guadet, estos viles maniques convencionales de Roland: ¡y se me critica haberme sustraído á los puñales de los asesinos pagados por esos hombres, refugiándome en mi subterráneo! cuando mi muerte pueda cimentar la dicha del pueblo, ya verán si palidezco!»

No tardó efectivamente en volver á aparecer escoltado por hombres del pueblo armados con sables y palos, y seguido por grupos de niños y mugeres cubiertos de andrajos. Con este acompañamiento se presentó á la puerta de la Convencion. «¡Y me acusan, escribia al dia siguiente, de predicar la muerte y el asesinato! á mí que jamás he pedido algunas gotas de sangre impura sino para preservar arroyos de sangre inocente! El puro amor de la humanidad es el que me ha hecho cubrir algunos momentos mi sensibilidad para pedir la muerte de los enemigos del género humano. ¡Razones sensibles y justas! á vosotros apelo contra las calumnias de esos hombres de hielo, que verian sin conmoverse, inmolar á la nacion por un puñado de malvados. En el muelle de los Teatinos, en el antiguo palacio de Labriffe, cuyo nombre se ha borrado, se reunen diariamente esos agitadores Buzot, Kersaint, Gensonné,

Vergniaud, Sieyes y Condorcet; allí forman sus proyectos. Con mas frecuencia aun estos conjurados se reúnen en casa de la Saint-Hilaire, querida de Sillery, esta casa es una de sus madrigueras habituales, donde se principia por el conciliábulo y se concluye por la orgia, porque las ninfas de la emigracion van allí para romper aquellos padres conscriptos de la Convencion. Saladin ha comido allá el 27, con muchos diputados de la trinca, tales como Buzot y Kersaint. Lassource ha cenado allí con sus cortesanas contra-revolucionarias y Veimerange, antiguo administrador de correos, en cuya casa de campo de Thilles, cerca de la villa de Gonesse, se reúnen una vez á la semana los gefes de esta faccion en el mismo sitio y en la misma mesa donde se reunian hace dos años Chapelier, Dandré, Maury y Cazalés!»

## XI.

En la misma época, Camilo Desmoulins asociándose con Merlin de Thionville, publicó un diario para defender la causa de Robespierre con este epigrafe, que revelaba todos los dias á sus lectores el pensamiento cotidiano de los Jacobinos. *No hay victima mas agradable á los dioses que un rey inmolado.* «Yo no sé, decia Camilo Desmoulins, si Robespierre debe temblar por el feliz éxito que ha obtenido contra sus cobardes acusadores. Su segunda filípica, ese sublime discurso de Ciceron, dice Juvenal, es quien hizo asesinar aquel grande hombre. Robespierre tambien ha vencido demasiado, sus enemigos están harto anonadados para que tan felices resultados no presagien una catástrofe. No es posible haber humillado mas á sus enemigos. Louvet estaba en la argolla, Petion parecia sacrificado al triunfo de su rival. ¿Qué es la virtud si Robespierre no es su imágen? ¿qué es la

elocuencia y el talento si el discurso de Robespierre no es la obra maestra, este discurso en que he encontrado reunidas la ironía de Sócrates á la delicadeza de Pascal, con dos ó tres rasgos comparables á las mas bellas inspiraciones de Demóstenes? Robespierre, Lacroix te acusaba de haber dicho una palabra digna de condenarse; pero tal es la idea que yo tengo de tu virtud, que saqué la consecuencia de que esa palabra no era criminal, supuesto que tú la habías dicho. En cuanto á Marat, que me llama algunas veces su hijo, el parentesco no impide que algunas yo me conserve á cierta distancia de tal padre; pero Marat no es un partido; Marat vive solo. ¡Brissot, Brissot! ese sí que es un partido. Tended la vista por los comités de la Convencion. Brissot está en todas partes, Robespierre en ninguna. ¿Sabeis lo que reúnen los girondinos? ¡El odio de París! ¡el odio del pueblo! ¡aborrecen á París, porque París es la cabeza de la nacion y encierra un pueblo inmenso, que es el terror de los traidores y de los intrigantes!»

## XII.

Vino inopinadamente á dar á los jacobinos nuevas armas contra los girondinos y nuevos testimonios contra Luis XVI, una de esas casualidades que la fortuna arroja en medio de los acontecimientos, para agravarlos ó desenlazarlos. Hemos visto que este príncipe, desconfiando de la seguridad de las Tullerías, algunos dias antes del mes de agosto, hizo practicar en la pared de un pasadizo oscuro, que conducia á su gabinete, un armario secreto, cubierto con una puerta de hierro, y una capa de madera. Se habia el rey servido para esta operacion del compañero de sus trabajos de manos, cuando en los dias de su ociosidad, descansaba de ser rey con-

virtuéndose en herrero. Este hombre de quien ya hemos hablado, llamado Gamain, era un cerrajero de Versalles, que había amado tiernamente á Luis XVI, y nada hubiera podido decidirle á la traicion, si la demencia ó las importunidades de su muger no hubiesen desarraigado poco á poco de su corazon, el cariño que tenia al rey; pero aquel robusto obrero fué atacado de una enfermedad de languidez casi inmediatamente despues de haber sellado la puerta de hierro; buscó con la inquietud de una imaginacion febril, cómo su cuerpo, jóven y vigoroso hasta entonces, habia podido de repente enervarse y enflaquecerse, como si la sombra de la muerte hubiese pasado sobre él, ó como si se hubiese tendido por toda su existencia uno de esos *encantos* que son las siniestras credulidades del pueblo.

Concluyó por volcanizarse su cabeza á fuerza de dar vueltas á sus ideas. Su memoria fiel ó engañada le recordó una circunstancia bien insignificante en apariencia, pero que él convirtió en sospecha. De la sospecha á la acusacion en el alma de un hombre sencillo y enfermo, no hay mas que el espacio de un sueño, y su imaginacion lo atravesó. Gamain recordó que abrumado por el cansancio y la sed mientras forjaba el hierro, el rey le habia aliviado dándole de beber con su propia mano un vaso de agua fria. Sea que el fresco del agua hubiese helado sus sentidos, sea que el principio del marasmo de aquel hombre hubiese coincidido naturalmente con aquella época de su vida, Gamain se creyó envenenado por mano de su amo y de su amigo, interesado, decia, en hacer desaparecer el único testigo del depósito oculto en los muros de su palacio.

Confió Gamain sus sospechas á su muger, que las creyó y las aumentó; luchó mucho tiempo contra aquella obsesion de su alma; pero al fin, vencido por la desesperacion de morir víctima de una odiosa traicion, conmovido ademas por las crecientes sacudidas de la revolu-

cion, y temiendo que algun dia le imputasen como crimen su silencio, resolvió vengarse antes de morir, y revelar el misterio en que habia tenido parte. Fué á casa del ministro del Interior, Roland, á quien hizo su declaracion; y sea que Roland estuviese impaciente de coger nuevas piezas de conviccion contra el trono; sea que esperase hallar en aquellas confidencias de la lista civil, pruebas escritas de la corrupcion de Danton, de Marat, y hasta de Robespierre, sea mas bien que temiese entregar á la Convencion correspondencias que comprometiesen á sus mismos amigos, se apresuró como un hombre que vé su presa, y que echa la mano tan pronto como la vista sobre su secreto. Roland no pensó en la inmensa responsabilidad que atraeria sobre él un descubrimiento del que separaba todos los testigos; y no llamó para abrir aquel candado á los miembros del comité de la Convencion; mandó á Gamain subir solo con él en su coche, fué á las Tullerías, forzó la puerta de hierro, recogió los papeles que el armario contenia, y los llevó al ministerio del Interior para examinarlos antes de depositarlos en la Convencion.

Se levantó en París un grito de alegría, y un sordo murmullo rugió en la Convencion contra la temeridad del ministro al anunciar el descubrimiento de aquel manantial de acusaciones. Todos los partidos se acusaron mutuamente de antemano de algunas complicidades ocultas, cuyas pruebas contra sus gefes ocultaba el armario de hierro: todos temblaron de que Roland hubiese escatimado á su antojo aquellos testimonios de traicion, y todos, menos los girondinos, hicieron un crimen de su impaciencia y de haber sustituido la mano de un ministro al ojo de la nacion para el examen de un depósito de manejos y de traiciones contra ella. Aunque Roland llevó el mismo dia los papeles del armario de hierro á la mesa del presidente; el hecho de haber asistido solo á su descubrimiento, y de haberlos revisado antes de entre-

garlos, le hacia sospechoso de sustraccion y de parcialidad. La Convencion encargó á su comité de los Doce que le hiciese una relacion de aquellas piezas y de aquellos de sus miembros que pudiesen hallarse complicados en ellos. Entre estos papeles estaba el tratado secreto de la corte con Mirabeau, y las pruebas irrecusables de la corrupcion de aquel grande orador. La verdad salia de los muros de palacio, donde habia sido sellada, para venir á acusar su memoria en su tumba. Barrere, Merlin, Duquesnoy y Rouyer, los miembros mas eminentes de la Asamblea legislativa, y bajo cuya denominacion se comprendia Guadet, Vergniaud y Gensonné, eran, si no acusados, al menos designados por haber tenido relaciones con Luis XVI. Las correspondencias en su mayor parte, descubrian mas bien esos planes vagos que los aventureros políticos ofrecen en cambio de un poco de oro á los poderes caidos, que planes decididos y complicidades efectivas, concluyendo casi todos por pedir muchos millones al tesoro del rey, y ofreciendo á este príncipe nombres y conciencias, que ni siquiera sabian que se las trataba de ajustar. Barrere, Guadet, Merlin y Duquesnoy, se disculparon sin dificultad de quiméricas acusaciones. Solo habia un hombre en la Asamblea que habia negociado su palabra y su crédito con la corte: este hombre era Danton. Pero la prueba de sus relaciones con la monarquia estaba en Inglaterra en manos de un ministro de Luis XVI. El armario de hierro nada revelaba contra él.

## XIII.

Para disipar las sospechas que se suscitaban contra Roland, pidió Barbaroux que Luis XVI fuese el primer acusado. Robespierre, mudo hasta entonces, tomó la pa-

labra, no como un juez toma la balanza, sino como un enemigo la espada. No reconoció entre Luis XVI y él, otra ley mas que la mortal antipatia entre el señor y el esclavo, olvidando que él no era sino un hombre obligado á consultar en sus juicios, no solo las leyes escritas, sino las no escritas de la misericordia y de la equidad; colocó frente á frente la salvacion de la república y la vida de un rey, y decidió con pleno conocimiento que la muerte del rey era indispensable al pueblo. Al menos Robespierre tuvo el mérito de separar de aquel aseninato de Estado la hipocresia de las formas del proceso. Condenó á Luis XVI como si él hubiese sido el juez supremo, y le ejecutó como si Luis XVI no hubiese sido mas que un príncipio. Esta franqueza y audacia fué lo que á tantos sedujo despues, y lo que hizo olvidar á los admiradores de Robespierre que en aquel príncipio habia un rey, que en aquel rey habia un hombre, y que en este hombre habia la vida, la vida que la sociedad no quita á nadie por el crimen de su situacion, sino por el de su mano y de su voluntad.

«Os sacan de la cuestión, aquí no hay proceso», dijo; Luis no es acusado, vosotros no sois jueces; no teneis que dictar ninguna sentencia ni en pro ni en contra de un hombre, sino tomar una medida de salvacion pública y ejercer un acto de providencia nacional. (Se aplaude). ¿Cuál es el partido que la sana política prescribe para cimentar la república naciente? El de grábar profundamente en los corazones el desprecio del trono, y llenar de asombro á todos los partidarios del rey. Luego presentar al universo su crimen como un problema, su causa como un objeto de discusion la mas imponente, la mas religiosa que existió jamás; poner una distancia incomensurable entre el recuerdo de lo que fué y el título de ciudadano, es precisamente hallar el medio de hacerle mas peligroso para la libertad. Luis XVI fué rey, y la república está fundada: con esta sola frase está decidida la

famosa cuestión que os ocupa. A Luis XVI se le destronó por sus crímenes, ha conspirado contra la república, ó se le condena ó la república no está absuelta. (Aplausos). Formar causa á Luis XVI es lo mismo que encausar la revolución; si puede ser juzgado, puede ser absuelto, puede ser inocente, y si es inocente ¿en qué viene á parar la revolución? Si él es inocente ¿qué somos nosotros mas que unos calumniadores? Los manifiestos de las cortes extranjeras contra nosotros son justos, su misma prisión es una crueldad, los federados, el pueblo de Paris y todos los patriotas del imperio francés son culpables, y el gran proceso pendiente en el tribunal de la naturaleza desde hace tantos siglos entre el crimen y la virtud, entre la libertad y la tiranía, es decidido al fin en favor del crimen y del despotismo.

«Tened cuidado, ciudadanos, estais engañados por falsas nociones. Los movimientos magestuosos de un gran pueblo, los sublimes arranques de la virtud se presentan á nosotros como las erupciones de un volcan y como el trastorno de la sociedad política: Cuando una nación se ve obligada á recurrir al derecho de insurrección, vuelve á entrar en el estado de la naturaleza respecto del tirano. ¿Cómo podrá éste invocar el pacto social? ¿Cuáles son las leyes que le reemplazan? Las de la naturaleza, la salvación del pueblo: el derecho de castigar al tirano y el de destronarle, es uno mismo, no tiene mas formas el uno que el otro. El proceso del tirano es la insurrección, su juicio es la caída de su poder, y su castigo es el que exige la libertad del pueblo. Los pueblos lanzan el rayo, hé ahí su decreto; no condenan á los reyes, pero los suprimen y los reducen á la nada. ¿En qué república fué litigiosa la necesidad de castigar á los reyes? ¿Fué llamado á juicio Tarquino? ¿Qué hubiera dicho Roma si los ciudadanos se hubiesen declarado sus defensores? Y ¿nosotros llamamos abogados para defender la causa de Luis XVI? Podrá llegar el día en que tengamos que con-

cederles coronas cívicas, porque si defienden una causa pueden tener esperanza de hacerla triunfar, de otro modo, solo presentaríamos al universo una ridícula comedia de justicia. (Se aplaude). ¡Y nos atrevemos á hablar de república! ¡Ah! ¡somos tan sensibles para los opresores, que no tenemos entrañas para los oprimidos! ¿Qué república es aquella á la que sus fundadores encausau, y á la que ellos mismos suscitan adversarios para que se atrevan á atacarla en su cuna! Hace dos meses, ¿quién hubiera podido sospechar siquiera que se hablaría aquí de la inviolabilidad de los reyes? Y hoy un miembro de la Convención nacional, el ciudadano Petion os presenta esa idea como el objeto de una deliberación. ¡Oh crimen! ¡vergüenza! la tribuna del pueblo francés ha resonado con el panegírico de Luis XVI. Luis aun combate contra nosotros desde el fondo de su calabozo, y ¿preguntais si es culpable tratarle como enemigo? ¿Permitis que se invoque en su favor la Constitución? Si es así, la Constitución os condena, porque os prohibia destronarle. ¡Id, pues, á los pies del tirano á implorar su perdón y su clemencia!...

«Pero se presenta una nueva dificultad ¿á qué pena le condenaremos? uno dice, la pena de muerte es demasiado cruel; no, dice otro, la vida es aun mas cruel, es necesario condenarlo á vivir. ¡Abogados! ¿es por compasión ó por crueldad por lo que le quereis sustraer á la pena de sus crímenes? Por mí, aborrezco la pena de muerte, y no tengo por Luis XVI ni amor ni odio, solo aborrezco sus crímenes. He pedido la abolición de la pena de muerte en la Asamblea constituyente, y no es mi culpa si los primeros principios de la razon han parecido herregias morales y judiciales; pero vosotros que jamás perdisteis en reclamar esta abolición del suplicio en favor de los desgraciados, cuyos delitos son individuales y perdónables ¿por qué fatalidad os acordais de vuestra humanidad para abogar por la causa del mayor de los crimi-

nales? ¿Pedis una escepcion á la pena de muerte para el único que puede legitimarla?... ¡Un rey destronado en el seno de una revolución que aun no está cimentada! ¡Un rey, cuyo solo nombre atrae sobre la nacion la guerra estrangera! ¡Ni la prision ni el destierro pueden hacer inocente su existencia! Pronuncio con sentimiento esta verdad fatal. Mas bien debe morir Luis, que cien mil ciudadanos virtuosos. Luis debe morir porque es preciso que la patria viva.»

## XIV.

Interrumpido por siniestros aplausos el discurso de Robespierre, cayó en la opinion como un peso de hierro en la balanza. La elocuencia y el atrevimiento del sofisma, admiraron ó inclinaron las convicciones; se envanecian con ser implacables como la necesidad y omnipotentes como la naturaleza; se colocó á la nacion en el lugar de la Providencia, y se creyeron autorizados á decretar en su nombre. Se engañan; el derecho de las naciones solo se compone del conjunto de todos los que cada uno de los miembros de la nacion tiene en si mismo, y ningun hombre tiene derecho para inmolár á otro, sino en el combate ó en el juicio. Robespierre en sus magestuosos axiomas no solo ponía al rey fuera de la ley, sino que le ponía fuera de la naturaleza, y en esta invocacion magnífica, pero errónea al derecho natural, el elocuente sofista no veía sin duda que daba á todo ciudadano la facultad de armarse de la cuchilla y herir por si mismo, desarmado y no juzgado, del derecho de su doctrina ó de su cólera. Confundía la insurreccion con el asesinato, y el derecho de combatir con el derecho de inmolár.

## XV.

En una de las sesiones que siguieron á este discurso propuso Buzot la pena de muerte contra cualquiera que tratase de restablecer el trono, fuese bajo cualquiera forma. La alusion que hacian estas palabras al proyecto de dominio de Robespierre y de los jacobinos escitó un violento tumulto, que se apaciguó como siempre, echando sobre el rey solo el furor de todos los partidos. Buzot pidió que antes de todo se oyese al rey, aunque no fuese mas que por conocer sus cómplices. Su gesto y su sonrisa indicaban á Robespierre y á Danton.

Continuó Ruhl la lectura de su relacion sobre los papeles hallados en el armario de hierro: una de las piezas de aquella correspondencia contenía una consulta secreta del rey á los obispos de Francia, para preguntarles si podia aprovecharse de los sacramentos en las fiestas conmemoratorias de la muerte y de la resurreccion de Cristo. «Acepté, les decía, la funesta constitucion civil del clero; siempre miré esta aceptacion como forzada, firmemente resuelto, si vuelvo á adquirir mi poder, á restablecer el culto católico.» Los obispos le respondieron amonestándole severamente é interdicándole las prácticas santas hasta que se hubiese lavado con muchas reparaciones meritorias del crimen de haber contribuido á la revolucion. Se pidió que las cenizas de Mirabeau, convencido de venalidad por aquellos mismos papeles, fuesen sacadas del Panteon. «Arrestad, si quereis, su memoria, dijo Manuel; pero no le condeneis sin oírle.» Camilo Desmoulins interpeló á Petion y le intimó declarase por qué, como alcalde de Paris, no habia asistido al cortejo fúnebre de Mirabeau. «Siempre he estado convencido, respondió Petion, de que Mirabeau reunía á sus grandes talentos una profunda inmoralidad. Creo que cuando La

Fayette engañaba al pueblo, Mirabeau tenía relaciones culpables con la corte. Creo que ha recibido de Tolon una suma de cuarenta y ocho mil libras; pero cualesquiera que sean los indicios y la persuasión en que estoy de estos hechos, no tengo pruebas. Se ha visto un plan de Mirabeau para que el rey marchase á Rouen; es cierto que iba con frecuencia á Saint-Cloud, y que había allí conferencias secretas. Por estos motivos no asistí á los honores que se hacían á su féretro.»

## XVI.

Agitado el pueblo, entretanto por el temor de la escasez y de la invasión, se impacientaba con la lentitud de la Asamblea, se reunía en grandes grupos á sus puertas, diciendo que ni el trigo se presentaría en los mercados, ni la victoria en las fronteras hasta que la muerte de Luis XVI hubiese espionado sus maldades y quitado la esperanza á los logreros y á los conspiradores. Grupos tumultuosos fueron á las inmediaciones del Temple, y amenazaron con forzar la prisión para sacar de ella á los prisioneros, y estas agitaciones sirvieron de pretexto al partido de Robespierre para pedir el fallo sin juicio y la muerte inmediata.

La Convencion nombró veinte y un miembros para redactar las preguntas que se debían hacer á Luis XVI, y su acta de acusación. Decidió además que el rey se presentaría en la barra para oír la lectura de aquella acusación, que se le darían dos días para responder á ella, y que al día siguiente en que hubiese comparecido y respondido se pronunciaría sobre su suerte por llamamiento nominal de todos los miembros presentes.

Lanzándose Marat á la tribuna despues de la lectura de este decreto, denunció á Roland y á sus amigos de

causar sistemáticamente el hambre del pueblo, para de este modo hacer que cometiese excesos; y despues volviéndose inopinadamente hácia Robespierre y Saint-Just dijo: «Se trata de que los patriotas de esta Asamblea tomen medidas inconsideradas pidiendo que votemos por aclamacion la muerte del tirano; pues yo os invito á la mayor calma, es necesario pronunciar con prudencia.» (La Asamblea se admira, los diputados se dirigen unos á otros miradas que indican la duda de lo mismo que han oido). Marat, levantando mas la voz, continúa con gravedad. «¡Si, no preparemos á los enemigos de la libertad el pretexto de las calumnias atroces que harían llover sobre nosotros, si nos abandonásemos con respecto á Luis XVI al solo sentimiento de nuestra fuerza y de nuestra cólera. Para conocer los traidores, porque los hay en esta Asamblea (muchas voces: ¡nombradlos!), para conocer con certeza los traidores, os propongo un medio infalible, que es que se publique el voto de todos los diputados sobre la suerte del tirano.» (Los aplausos de las tribunas no cesan hasta que Marat vuelve á su asiento).

## XVII.

Con motivo de la denuncia de un tal Aquiles Viard, aventurero que buscaba su importancia en las relaciones equivocadas con todos los partidos, Chabot acusó á los girondinos, y especialmente á madama Roland, de entenderse con Narbonne, Malouet y otros constitucionales refugiados en Lóndres, para salvar al rey é intimidar á la Convencion con una reunion de diez mil republicanos moderados que no querían la muerte del tirano. Esta conspiracion imaginaria soñada por Chabot, Bazire, Merlin y algunos otros miembros exaltados del comité de vigilancia de la Convencion, ocasionó una escena de in-